

DESDE **10** AÑOS

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

Si eres de los que ya no se toman en serio los cuentos de hadas, este libro es para ti. Aquí verás que Ricitos de Oro no es tan tierna, Cenicienta no es tan dulce y el Lobo de Caperucita no es para nada malo. Todo sucede aquí con gran humor negro y al lado de las hilarantes ilustraciones de Quentin Blake.

El 10% de los derechos de autor generados por la venta de este libro se donará a las organizaciones benéficas de Roald Dahl.
Más información en el interior.

www.road



ALFAG  BIBLIOTECA
ROALD DAHL
INFANTIL

82-1 - DAH - cue



000910J

9 "788420"473192"

ALFAGUARA INFANTIL

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



81
DH
CH

Las obras de Roald Dahl
no sólo ofrecen historias apasionantes...

Un 10% de los derechos de autor* de este libro se destina a financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl.



La Roald Dahl Foundation cuenta, por todo el Reino Unido, con enfermeros especializados en pediatría que atienden a niños con epilepsia, desórdenes sanguíneos y daño cerebral adquirido. La Fundación también proporciona ayuda económica a niños y jóvenes con problemas hematológicos, neurológicos y de alfabetización —cuestiones todas ellas cercanas a Roald Dahl a lo largo de su vida— por medio de donaciones destinadas a hospitales e instituciones benéficas del Reino Unido, así como a los propios niños y sus familias.



El Roald Dahl Museum and Story Centre tiene su sede en Great Missenden, localidad de Buckinghamshire cercana a Londres donde Roald Dahl residió y escribió muchas de sus obras. El museo, cuya intención es fomentar el amor por la lectura y la escritura, alberga el archivo único de cartas y manuscritos del autor. Además de dos galerías biográficas que ofrecen grandes dosis de diversión, el museo cuenta con un centro de relatos interactivo donde familias, profesores y alumnos pueden explorar el emocionante mundo de la creatividad literaria.

www.roalddahlfoundation.org
www.roalddahlmuseum.org

Roald Dahl Foundation (RDF) es una organización benéfica registrada. Número 1004230.

Roald Dahl Museum and Story Centre (RDMSC) es una organización benéfica registrada. Número 1085853.

Roald Dahl Charitable Trust, organización benéfica recientemente establecida, apoya la labor de RDF y RDMSC.

* Los derechos de autor donados son netos de comisiones

ALFAGUARA INFANTIL

www.alfaguarainfantilyjuvenil.com

ALFAGUARA

www.alfaguarainfantlyjuvenil.com

Título original: *REVOLTING RHYMES*

© Del texto: Roald Dahl, 1982

© De las ilustraciones: Quentin Blake, 1982

Primera edición inglesa de Jonathan Cape Ltd., Londres 1982

© De la traducción: Miguel Azaola

© Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

© De esta edición:

2008, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

- Ediciones Santillana, S.A. Leandro N. Alem 720
C1001AAP - Ciudad de Buenos Aires. Argentina
- Editorial Santillana, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767. Col. Del Valle, México D.F. C.P. 03100
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80, n° 10-23, Bogotá. Colombia

ISBN: 978-84-204-7319-2

Dépósito legal: M-36.427-2008

Printed in Spain - Impreso en España por
Top Printer Plus, S. L. L., Móstoles (Madrid)

Primera edición: enero 2008

Segunda edición: julio 2008

Diseño de la colección: MANUEL ESTRADA

Maquetación: DAVID RICO

Editora: MARTA HIGUERAS

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal).

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



ALFAGUARA



Índice



La Cenicienta	9
Juan y la habichuela mágica	19
Blanca Nieves y los siete enanos	29
Rizos de Oro y los tres osos	41
Caperucita Roja y el Lobo	51
Los tres cerditos	57

La Cenicienta



“¡Si ya nos lo sabemos de memoria!»,
diréis. Y, sin embargo, de esta historia
tenéis una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

* * *

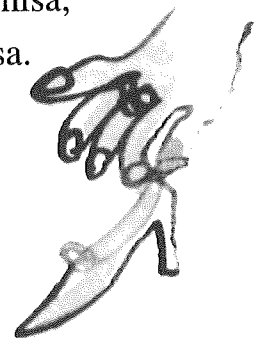


El lío se organiza en el momento
 en que las Hermanastras de este cuento
 se marchan a Palacio y la pequeña
 se queda en la bodega a partir leña.
 Allí, entre los ratones llora y grita,
 golpea la pared, se desgañita:
 «¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
 ¡¡Os arrancaré el moño por granujas!!».
 Y así hasta que por fin asoma el Hada
 por el encierro en el que está su ahijada.
 «¿Qué puedo hacer por ti, Ceny querida?
 ¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
 te dan estas lechuzas?». «¡Frita estoy
 porque ellas van al baile y yo no voy!».
 La chica patalea furibunda:
 «¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
 ¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,
 zapatos de charol, sortija, broche,
 pendientes de coral, pantys de seda
 y aromas de París para que pueda
 enamorar al Príncipe en seguida
 con mi belleza fina y distinguida!».
 Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,

en menos tiempo del que aquí se cuenta,
 se personó en Palacio, en plena disco,
 dejando a su rivales hechas cisco.

* * *

Con Ceny bailó el Príncipe rocks miles
 tomándola en sus brazos varoniles
 y ella se le abrazó con tal vigor
 que allí perdió su Alteza su valor,
 y mientras la miró no fue posible
 que le dijera cosa inteligible.
 Al dar las doce Ceny pensó: «Nena,
 como no corras la hemos hecho buena»,
 y el Príncipe gritó: «¡No me abandones!»,
 mientras se le agarraba a los riñones,
 y ella tirando y él hecho un pelmazo
 hasta que el traje se hizo mil pedazos.
 La pobre se escapó medio en camisa,
 pero perdió un zapato con la prisa.



El Príncipe, embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
«¡La dueña del pie que entre en el zapato
será mi dulce esposa, o yo me mato!».
Después, como era un poco despistado,
dejó en una bandeja el botín amado.
Una Hermanastra dijo: «¡Ésta es la mía!»,
y, en vista de que nadie la veía,
pescó el zapato, lo tiró al retrete
y lo escamoteó en un periquete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

* * *

En cuanto salió el sol, salió su Alteza
por la ciudad con toda ligereza
en busca de la dueña de la prenda.
De casa en casa fue, de tienda en tienda,
e hicieron cola muchas damiselas



sin resultado. Aquella vil chinela,
incómoda, pestífera y chotuna,
no le sentaba bien a dama alguna.
Así hasta que fue el turno de la casa
de Cenicienta... «¡Pasa, Alteza, pasa!»,
dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.
El Príncipe dio un grito, horrorizado,
pero ella gritó más: «¡Ha entrado! ¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!». «¡Un cuerno frito!».
«¡Has dado tu palabra, Principito,
precioso mío!». «¿Sí?», rugió su Alteza.
«¡Ordeno que le corten la cabeza!».
Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: «Buen trabajo.
Así no está tan fea». De inmediato
gritó la otra Hermanastra: «¡Mi zapato!
¡Dejad que me lo pruebe!». «¡Prueba esto!»,
bramó su Alteza Real con muy mal gesto
y, echando mano de su real espada,

la descocorotó de una estocada;
cayó la cabezota en la moqueta
dio un par de botes y se quedó quieta...

* * *



En la cocina Cenicienta estaba
quitándoles las vainas a unas habas
cuando escuchó los botes —pam, pam, pam—
del coco de su hermana en el zaguán,
así que se asomó desde la puerta
y preguntó: «¿Tan pronto y ya despierta?».
El Príncipe dio un salto: «¡Otro melón!»,
y a Ceney le dio un vuelco el corazón.
«¡Caray!», pensó. «¡Qué bárbara es su alteza!
Con ése yo me juego la cabeza...
¡Pero si está completamente loco!».
Y cuando gritó el Príncipe: «¡Ese coco!
¡Cortádselo ahora mismo!», en la cocina
brilló la vara del Hada Madrina.
«¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
que tus deseos corren de mi cuenta!».
«¡Hada Madrina», suplicó la ahijada,
«no quiero ya ni príncipes ni nada
que pueda parecérseles! Ya he sido
Princesa por un día. Ahora te pido
quizá algo más difícil e infrecuente:
un compañero honrado y buena gente.

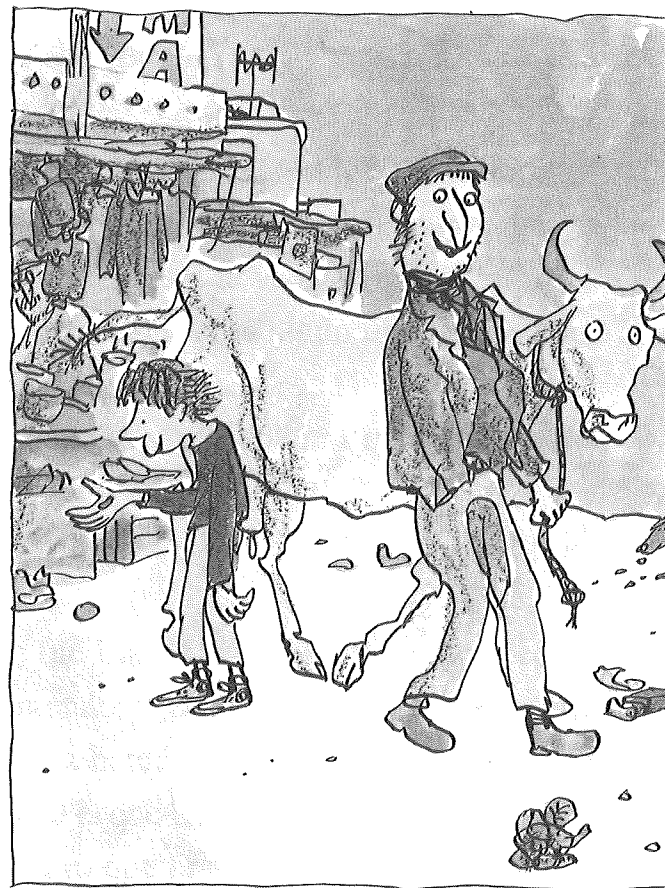
¿Podrás encontrar uno para mí,
Madrina amada? Yo lo quiero así...».

* * *

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta
se descubrió de pronto Cenicienta
a salvo de su Príncipe y casada
con un señor que hacía mermelada.
Y, como fueron ambos muy felices,
nos dieron con el tarro en las narices.



Juan y la habichuela mágica



La madre de Juan dijo: «Se acabó.
No queda un chavo en casa... Y digo yo
que ofrezcas a la vaca en el mercado,
a ver si la compra algún tipo despistado.
Limítate a decir lo sana que es la Juana,
aunque tú y yo sepamos que es anciana».

* * *

Se fue Juan con la vaca y volvió luego
diciendo: «¡Madre, cómo les di el pego!
Jamás habrá un negocio tan redondo
como el que hizo tu Juan». «¡Mira el sabihondo!
Seguro que tu trato es un desastre
y que te ha dado el timo algún pillastre...».
Mas cuando Juan, con gesto artero y pillo,

extrajo una habichuela del bolsillo
su madre saltó un cuádruple mortal,
se puso azul y le gritó: «¡Animal!
¿Te has vuelto loco? Dime, tarambana,
¿te han dado una habichuela por la Juana?
¡Te mato!», y tiró al huerto la habichuela,
agarró a Juan y le atizó candela
con la mangueta de la aspiradora
zurrándole lo menos media hora.

* * *

A las diez de la noche, sin embargo,
la alubia empezó a echar un tallo largo,
tan largo que la punta se perdía
entre las nubes cuando llegó el día.
Juanito gritó: «¡Madre, echa un vistazo
y dime si no hice ayer un negociazo!».
La madre dijo: «¡Calla, pasmarote!
¿Acaso da habichuelas ese brote
que pueda yo meter en el puchero?
¡No agotes mi paciencia, majadero!».
«¡Por Dios, mamá, que no hablo de semillas!



¿No ves que es de oro? ¡Mira cómo brilla!».
¡Cuánta razón tenía el rapazuelo!
Allá afuera, estirándose hasta el cielo,
brillaba una alta torre de hojas de oro
más imponente que el mayor tesoro.
La madre de Juanito, espeluznada,
pegó otro brinco y dijo: «¡Qué burrada!
Hoy mismo compro un Rolls, me voy a Ibiza
y abro una cuenta en una banca suiza.
¡Vamos, granuja, tráeme las que puedas
y las que no sean de oro te las quedas!».
Y Juan, sin atreverse a vacilar,
trepó por la habichuela sin tardar,
ganando altura —no preguntéis cuánta—
hasta alcanzar la punta de la planta.
Mas una vez allí ocurrió una cosa
de lo más espantable y horrorosa:
se levantó un estruendo tremebundo
como si se acercara el fin del mundo
y habló una voz terrible, muy cercana,
que dijo: «¡¡ESTOY OLIENDO A CARNE HUMANA!!».
Juanito se dio un susto de caballo
y sin pensarlo más bajó del tallo.

«¡Ay, madre!, si lo sé yo no te escucho,
que arriba hay un señor que grita mucho,
que yo lo he visto, y me parece injusto
subir y que me peguen otro susto...!
Es un gigante. Y anda bien de olfato».
«¡Qué tonterías dices, mentecato!».
«Me olió sin verme, madre, te lo juro.
Es un gigante enorme, estoy seguro...».
«Naturalmente que te olió, marrano,
que no te duchas más que en el verano
y apestas como un chivo y no obedeces
por más que te lo mande cien mil veces...»



Juan respondió: «Mamá, ¿por qué no subes,
ya que eres tan valiente, hasta las nubes
tú misma?», y ella dijo: «¡Desde luego!
Yo sin luchar a tope no me entrego».
Se arremangó las faldas y de un salto
tomó la enorme planta por asalto
y se perdió en sus hojas, mientras Juan
dudaba del buen éxito del plan,
temiendo que el tufillo mareante
de su mamá enfadara a aquel gigante.

* * *

Mirando arriba estaba... hasta que un ruido
que no esperaba, más bien un chasquido
terrible, y una voz desde la altura
llegaron a su oído: «¡ESTABA DURA
Y LE SOBABAN HUESOS, PERO AL MENOS
LOS DOS MUSLITOS ME HAN SABIDO BUENOS!».
«¡Atiza!», exclamó Juan, «¡Ese chiflado
se merendó a mi madre de un bocado!».
Olfateó. «Ya lo decía yo,
ese tufillo horrible...». Y contempló



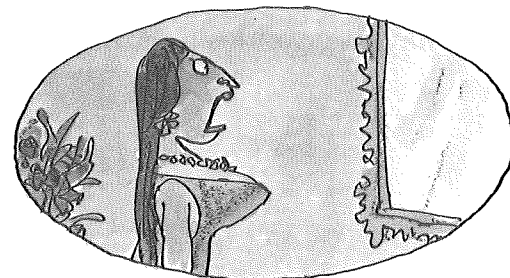
la inmensa planta de oro: «¡Mala suerte! Tendré que enjabonarme y frotar fuerte para poder pasar por inodoro si quiero reincidir en lo del oro». Conque se dirigió al cuarto de baño por primera vez en aquel año, gastó siete champús, doce jabones y se llenó los pelos de lociones, se cepilló las muelas y los dientes y se dejó las uñas relucientes. Volvió luego a la planta nuestro chico y allí arriba seguía, hecho un borrico, sorbiéndose los mocos y escupiendo, nuestro gigante bárbaro y horrendo: «¡¡NO ESTOY OLIENDO A NADA POR AHORA!!», gruñía sordamente. Varias horas esperó Juan. Por fin cayó dormido el monstruo, y el muchacho, sin un ruido, hizo cosecha de oro a troche y moche y durmió billonario aquella noche. «Bañarse», dijo, «es algo muy seguro. Me daré un baño al mes en el futuro».



Blanca Nieves y los siete enanos



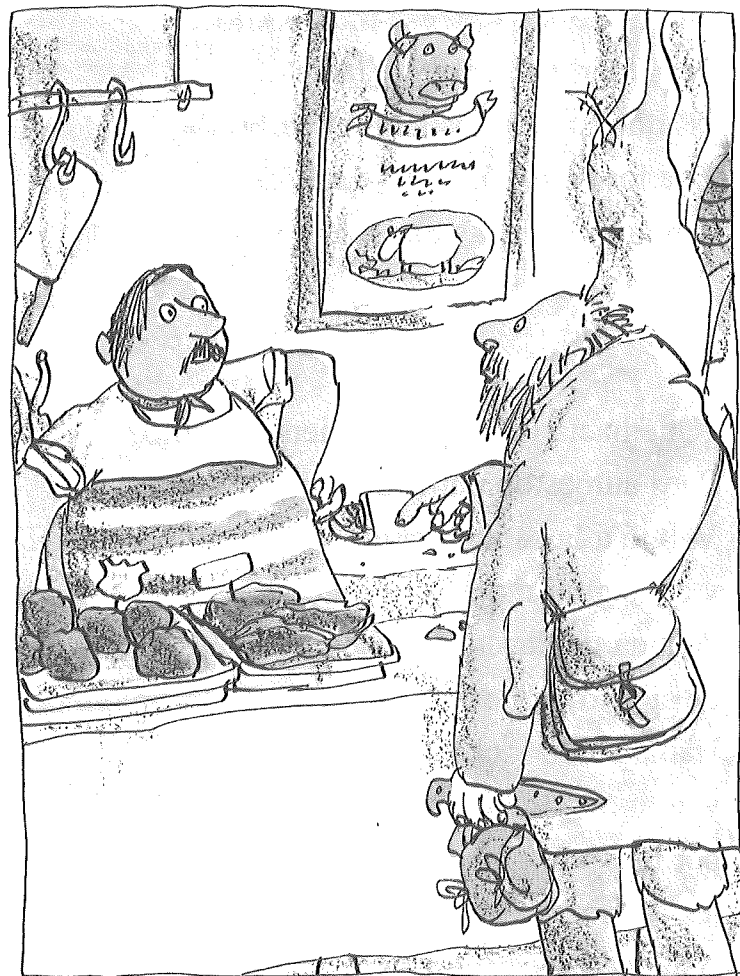
Cuando murió la madre de Blanquita dijo su padre, el Rey: «Esto me irrita. ¡Qué cosa tan pesada y tan latosa! Ahora tendré que dar con otra esposa...». Es, por lo visto, un lío del demonio para un Rey componer un matrimonio. Mandó anunciar en todos los periódicos: «Se necesita Reina» y, muy metódico, recortó las respuestas que en seguida llegaron a millones... «La elegida ha de mostrar con pruebas convincentes que eclipsa a cualquier otra pretendiente».



Por fin fue preferida a las demás
 la señorita Obdulia Carrasclás,
 que trajo un artefacto extraordinario
 comprado a algún exótico anticuario:
 era un ESPEJO MÁGICO PARLANTE
 con marco de latón, limpio y brillante,
 que contestaba a quien le planteara
 cualquier cuestión con la verdad más clara.
 Así, si, por ejemplo, alguien quería
 saber qué iba a cenar en ese día,
 el chisme le decía sin tardar:
 «Lentejas o te quedas sin cenar».
 El caso es que la Reina, que Dios guarde,
 le preguntaba al trasto cada tarde:
 «Dime Espejito, cuéntame una cosa:
 de todas, ¿no soy yo la más hermosa?».
 Y el cachivache, siempre: «Mi Señora,
 vos sois la más hermosa, encantadora
 y bella de este reino. No hay rival
 a quien no hayáis comido la moral».

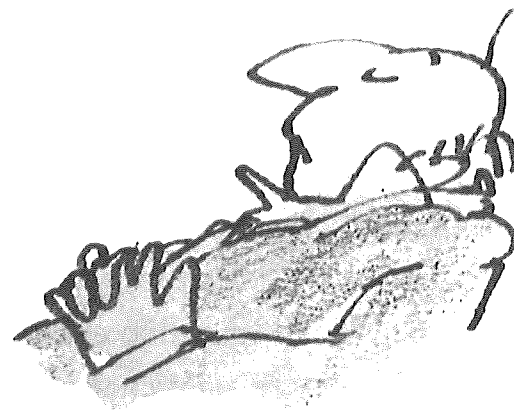
La Reina repitió diez largos años
 la estúpida pregunta y sin engaños
 le contestó el Espejo, hasta que un día
 Obdulia oyó al cacharro que decía:
 «Segunda sois, Señora. Desde el jueves
 es mucho más hermosa Blanca Nieves».
 Su majestad se puso furibunda,
 armó una impresionante barahúnda
 y dijo: «¡Yo me cargo a esa muchacha!
 ¡La aplastaré como a una cucaracha!
 ¡La despellejaré, la haré guisar
 y me la comeré para almorzar!».
 Llamó a su Cazador al aposento
 y le gritó: «¡Cretino, escucha atento!
 Vas a llevarte al monte a la Princesa
 diciéndole que vais a buscar fresas
 y, cuando estéis allí, vas a matarla,
 desollarla muy bien, descuartizarla
 y, para terminar, traerme al instante
 su corazón caliente y palpitante».

El Cazador llevó a la criatura,
 mintiéndole vilmente, a la espesura
 del Bosque. La Princesa, que se olió
 la torta, dijo: «¡Espere! ¿Qué he hecho yo
 para que usted me mate, señor mío?»,
 el brazo y el cuchillo de aquel tío
 erizaban el pelo al más pintado.
 «¡Déjeme, por favor, no sea pesado!»,
 El Cazador, que no era mala gente,
 se derritió al mirar a la inocente.
 «¡Aléjate corriendo de mi vista,
 porque, si me lo pienso más, vas lista...!»,
 La chica ya no estaba —¡qué iba a estar!—
 cuando el verdugo terminó de hablar.
 Después fue el hombre a ver al carnicero,
 pidió que le sacara un buen cordero,
 compró media docena de costillas
 amén del corazón y, a pies juntillas,
 Obdulia tomó aquella casquería
 por carne de Princesa. «¡Que mi tía
 se muera si he faltado a vuestro encargo,
 Señora...! Se hace tarde... Yo me largo...».



«Os creo, Cazador. Marchad tranquilo»,
dijo la Reina. «¡Y ese medio kilo
de chuletillas y ese corazón
los quiero bien tostados al carbón!»,
y se los engulló, la muy salvaje,
con un par de vasitos de brebaje.

¿Qué hacía la Princesa, mientras tanto?
Pues autoestop para curar su espanto.
Volvió a la capital en un voleo
y consiguió muy pronto un buen empleo
de ama de llaves en el domicilio
de siete divertidos hombrecillos.
Habían sido jockeys de carreras
y eran muy majos todos, si no fuera
por un vicio que en sábados y fiestas
les devoraba el coco: ¡las apuestas!
Así, si en los caballos no atinaban
un día, aquella noche no cenaban...
Hasta que una mañana dijo Blanca:
«Tengo una idea, chicos, que no es manca.



Dejad todo el asunto de mi cuenta,
que voy a resolveros vuestra renta,
pero hasta que yo vuelva de un paseo
no quiero que juguéis ni al veo-veo».
Se fue Blanquita aquella misma noche
de nuevo en autoestop, y en un buen coche,
hasta Palacio y, siendo chica lista,
cruzó los aposentos sin ser vista;
el Rey estaba absorto haciendo cuentas
en el Despacho Real y la sangrienta
Obdulia se encontraba en la cocina
comiendo pan con miel y margarina.

La joven pudo, pues, llegar al fin
 hasta el dichoso Espejo Parlanchín,
 echárselo en un saco y, de puntillas,
 volver sobre sus pasos dos mil millas,
 que eso le parecieron, pobrecita.
 «¡Muchachos, aquí traigo una cosita
 que todo lo adivina sin error!
 ¿Queréis probar?». «¡Sí, sí!», dijo el mayor:
 «Mira, Espejito, no nos queda un chavo,
 así que has de acertar en todo el clavo:
 ¿quién ganará mañana la tercera?».
 «La yegua Rififi será primera»,
 le contestó el Espejo roncamente...
 ¡Imaginad la euforia consiguiente!
 Blanquita fue aclamada, agasajada,
 despachurrada a besos y estrujada.
 Luego corrieron todos los Enanos
 hasta el local de apuestas más cercano
 y no les quedó un mal maravedí
 que no fuera a parar a Rififi:
 vendieron el Volkswagen, empeñaron
 relojes y colchones, se entramparon
 con una sucursal de la Gran Banca

para apostar todo a su potranca.
 Después, en el hipódromo, se vio
 que el Espejito no se equivocó,
 y ya siempre los sábados y fiestas
 ganaron los muchachos sus apuestas.
 Blanquita tuvo parte en beneficios
 por ser la emperatriz del artificio,
 y, en cuanto corrió un poco el calendario,
 se hicieron todos superbillonarios,
 de donde se deduce que jugar
 no es mala cosa... si se va a ganar.



Rizos de Oro y los tres osos



¡Jamás debió ponerse en un estante
una bellaquería semejante!

¿Cómo una madre amante y responsable
puede dejar la historia detestable
de esta malvada niña entre las manos
de unos retoños cándidos y sanos?

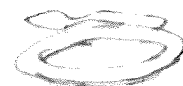
Si de mí dependiera, Rizos de Oro
estaría entre rejas como un loro...

Imagínense ustedes qué gracioso
resulta hacer potaje para oso,

café y bollitos con su mermelada
y, con la mesa puesta y preparada,
que diga Papá Oso: «¡Mil cornejas!

¡La sopa está que quema las orejas!

Vamos a darnos un paseo juntos
hasta que este potaje esté en su punto.



Además, caminar un buen ratito
nos abrirá el apetito».
Ninguna ama de casa se opondría
a propuesta de tal sabiduría
y menos con el genio singular
de un oso cuando es hora de almorzar.

Pues bien, en cuanto dejan la mansión
se cuela Rizos de Oro en el salón
y, cual reptil sinuoso y repelente,
lo curiosease todo soezmente.
Al punto ve el potaje apetitoso
que puso en los tres platos Mamá Oso
y, en menos tiempo del que aquí se cuenta,
sobre ellos se abalanza violenta.
Imagínense, insisto, qué faena,
después de preparar cosa tan buena,
que acabe en el estómago incivil
de alguna delincuente juvenil.
¡Y no acaba ahí la cosa!, lo mejor
viene a continuación de lo anterior.

Como mujer de hogar que usted se siente,
ha ido con todo amor, pacientemente,
coleccionando muchos trastos viejos:
un angelote manco, dos espejos,
tres sillas y un armario estilo imperio
comprados en subasta y, lo más serio,
una silla de niño isabelina
que un día heredó usted de su madrina.
Es esa silla orgullo, prez y gloria
de su querida casa y no hay historia
que usted no cuente de ella y se derrita
cuando la enseña ufana a las visitas.
Pues, como iba diciendo, Rizos de Oro,
sin el menor recato ni decoro
coloca su trasero gordinflón
sobre la silla histórica en cuestión
y, como no le importa tres pepinos
el mobiliario estilo isabelino,
se carga en un segundo malhadado
de su salón el mueble máspreciado.
Cualquier niña diría: «¡Qué desgracia!
¡Merezco un buen castigo por mi audacia!».

Pero no Rizos de oro que, al contrario, exhibe su peor vocabulario:

«¡Maldito cachivache!» y otras cosas que, de tan malsonantes y espantosas, no puedo ni me atrevo a transcribir ni creo que se deban imprimir.

Ustedes pensarán que aquí termina su expedición fatal nuestra heroína...

Pues yo lo siento mucho, amigos míos, pero no acaba aquí todo este lío.

La miserable quiere echar la siesta, así que va a mirar dónde se acuesta.

Sube a los dormitorios de los osos, compara qué edredón es más lanoso, los prueba del derecho y del revés, y se echa en el más blando de los tres.

Como sabéis, la gente de provecho se suele descalzar cuando va al lecho, pero con Rizos de Oro no hay enmienda ni se le ocurre cosa que no ofenda.

Podéis imaginaros los muy guarros que estaban sus zapatos, cuánto barro pestífero llevaban en las suelas.

Hasta algo que hizo un perro y, por que huelan tan solo a tinta el libro, uno se calla...

Y, digo una vez más: ¿Es que no estalla cualquiera a quien un monstruo dormilón le ponga hecho una cuadra su edredón?

¿Os dais cuenta cabal de la cadena de crímenes tramados por la nena?

Crimen número uno: la acusada comete allanamiento de morada.

Crimen número dos: el personaje se queda con tres platos de potaje.

Crimen número tres: la muy cochina destroza una sillita isabelina.

Crimen número cuatro: va la dama y se limpia los zapatos en la cama...

Un juez no dudaría ni un instante:

«¡Diez años de presidio a esa tunante!».

Pero en la historia, tal como se cuenta,
la miserable escapa tan contenta
mientras los niños gritan, encantados:
«¡Qué bien; Ricitos de oro se ha salvado!».



Yo, en cambio, le daría otro final
a un cuento tan infame y criminal:
«¡Papá!», grita el Osito, «estoy furioso.
No tengo sopa». «¡Vaya!», dice el Oso.
«Pues sube al dormitorio: está en la cama,
metida en la barriga de una dama,
así que no tendrás más solución
que dar cuenta del caldo y del tazón».



Caperucita Roja y el Lobo

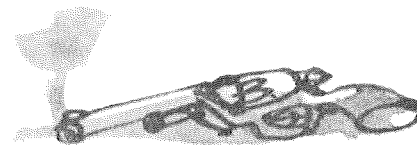


Estando una mañana haciendo el bobo
le entró un hambre espantosa al Señor Lobo,
así que, para echarse algo a la muela,
se fue corriendo a casa de la Abuela.
«¿Puedo pasar, Señora?», preguntó.
La pobre anciana, al verlo, se asustó
pensando: «¡Éste me come de un bocado!».
Y, claro, no se había equivocado:
se convirtió la Abuela en alimento
en menos tiempo del que aquí te cuento.



Lo malo es que era flaca y tan huesuda
 que al Lobo no le fue de gran ayuda:
 «Sigo teniendo un hambre aterradora...
 ¡Tendré que merendarme otra señora!».
 Y, al no encontrar ninguna en la nevera,
 gruñó con impaciencia aquella fiera:
 «¡Esperaré sentado hasta que vuelva
 Caperucita Roja de la Selva!»,
 que así llamaba al Bosque la alimaña,
 creyéndose en Brasil y no en España.
 Y porque no se viera su fiereza,
 se disfrazó de abuela con presteza,
 se dio laca en las uñas y en el pelo,
 se puso la gran falda gris de vuelo,
 zapatos, sombrerito, una chaqueta
 y se sentó en espera de la nieta.
 Llegó por fin Caperu a mediodía
 y dijo: «¿Cómo estás, abuela mía?
 Por cierto, ¡me impresionan tus orejas!».
 «Para mejor oírte, que las viejas
 somos un poco sordas». «¡Abuelita,
 qué ojos tan grandes tienes!». «Claro, hijita,
 son las lentillas nuevas que me ha puesto

para que pueda verte Don Ernesto
 el oculista», dijo el animal
 mirándola con gesto angelical
 mientras se le ocurría que la chica
 iba a saberle mil veces más rica
 que el rancho precedente. De repente,
 Caperucita dijo: «¡Qué imponente
 abrigo de piel llevas este invierno!».
 El Lobo, estupefacto, dijo: «¡Un cuerno!
 O no sabes el cuento o tú me mientes:
 ¡Ahora te toca hablarme de mis dientes!
 ¿Me estás tomando el pelo...? Oye, mocosa,
 te comeré ahora mismo y a otra cosa». Pero ella se sentó en un canapé
 y se sacó un revolver del corsé,
 con calma apuntó bien a la cabeza
 y —¡pam!— allí cayó la buena pieza.



Al poco tiempo vi a Caperucita
cruzando por el Bosque... ¡Pobrecita!
¿Sabéis lo que llevaba la infeliz?
Pues nada menos que un sobrepelliz
que a mí me pareció de piel de un lobo
que estuvo una mañana haciendo el bobo.



Los tres cerditos



El animal mejor que yo recuerdo es, con mucho y sin duda alguna, el cerdo. El cerdo es bestia lista, es bestia amable, es bestia noble, hermosa y agradable. Mas, como en toda regla hay excepción, también hay algún cerdo tontorrón. Dígame usted si no: ¿qué pensaría si, paseando por el Bosque un día, topara con un cerdo que trabaja haciéndose una gran casa... de PAJA?



El Lobo, que esto vio, pensó: «Ese idiota debe de estar fatal de la pelota...
 ¡Cerdito, por favor, déjame entrar!». «¡Ay no, que eres el Lobo, eso ni hablar!». «¡Pues soplaré con más fuerza que el viento y aplastaré tu casa en un momento!». Y por más que rezó la criatura el Lobo destruyó su arquitectura.
 «¡Qué afortunado soy!», pensó el bribón.
 «¡Veo la vida de color jamón!». Porque de aquel cerdito, al fin y al cabo, ni se salvó el hogar ni quedó el rabo.

El Lobo siguió dando su paseo, pero un rato después gritó: «¿Qué veo? ¡Otro lechón adicto al bricolaje haciéndose una casa... de RAMAJE!

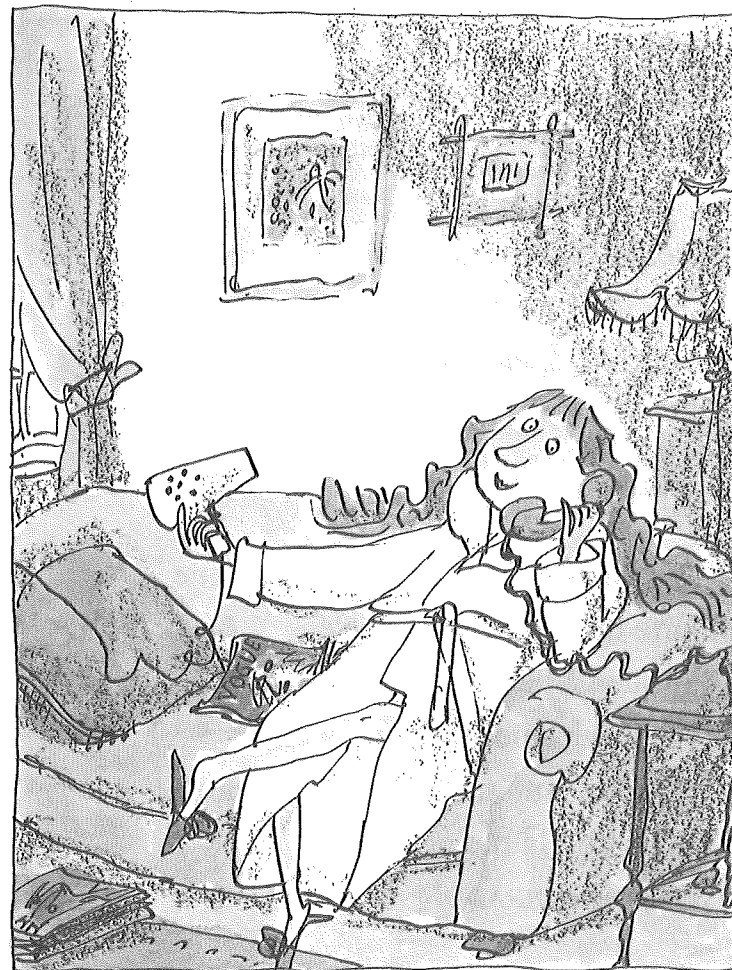


¡Cerdito, por favor, déjame entrar!». «¡Ay no, que eres el Lobo, eso ni hablar!». «¡Pues soplaré con más fuerza que el viento y aplastaré tu casa en un momento!». Farfulló el Lobo: «¡Ya verás, lechón!», y se lanzó a soplar como un tifón. El cerdo gritó: «¡No hace tanto rato que ya has desayunado! Hagamos un trato...». El Lobo dijo: «¡Harás lo que yo diga!». Y pronto estuvo el cerdo en su barriga. «No ha sido mal almuerzo el que hemos hecho, pero aún no estoy del todo satisfecho», se dijo el Lobo. «No me importaría comerme otro cochino a mediodía». De modo que, con paso subrepticio, la fiera se acercó hasta otro edificio en cuyo comedor otro marrano trataba de ocultarse del villano. La diferencia estaba en que el tercero, de los tres era el menos majadero y que, por si las moscas, el muy pillo se había hecho la casa... ¡de LADRILLO!



«¡Conmigo no podrás!», exclamó el cerdo.
 «¡Tú debes de pensar que yo soy lerdo!»,
 le dijo el Lobo. «¡No habrá quien impida
 que tumbe de un soplido tu guarida!». «Nunca
 podrás soplar lo suficiente para arruinar
 mansión tan resistente», le contestó el cochino
 con razón, pues resistió la casa el ventarrón.
 «Si no la puedo hacer volar soplando,
 la volaré con pólvora... y andando», dijo
 la bestia, y el lechón sagaz que aquello oyó,
 chilló: «¡Serás capaz!» y, llenó de zozobra
 y de congoja, un número marcó: «¿Familia Roja?».
 «¡Aló! ¿Quién llama?», le contestó ella.
 «¡Guarrete! ¿Cómo estás? Yo aquí, tan bella
 como acostumbro, ¿y tú?». «Caperu, escucha.
 Ven aquí en cuanto salgas de la ducha». «¿Qué
 pasa?», preguntó Caperucita. «Que el Lobo quiere
 darme dinamita, y como tú de Lobos sabes mucho,
 quizá puedas dejarle sin cartuchos». «¡Querido
 marranín, porquete guapo!

Estaba proyectando irme de trapos,
 así que, aunque me da cierta pereza,
 iré en cuanto me seque la cabeza».



Poco después Caperu atravesaba
 el Bosque de este cuento. El Lobo estaba
 en medio del camino, con los dientes
 brillando cual puñales relucientes,
 los ojos como brasas encendidas,
 todo él lleno de impulsos homicidas.
 Pero Caperucita, ahora de pie,
 volvió a sacarse el arma del corsé
 y alcanzó al Lobo en punto tan vital
 que la lesión le resultó fatal.
 El cerdo, que observaba ojo avizor,
 gritó: «¡Caperucita es la mejor!»

¡Ay, puerco ingenuo! Tu pecado fue
 fiarte de la chica del corsé.
 Porque Caperu luce últimamente
 no sólo dos pellizas imponentes
 de Lobo, sino un maletín de mano
 hecho con la mejor...
 ¡PIEL DE MARRANO!



ROALD DAHL

Nació en Llandaf, un pueblecito del País de Gales, en el seno de una familia acomodada de origen noruego.

A los siete años fue internado en un colegio inglés, donde sufrió el rígido sistema educativo británico que reflejaría luego en algunos de sus libros.

Terminado el Bachillerato, y en contra de las recomendaciones maternas para que cursara estudios universitarios, entró a trabajar en Shell, la compañía multinacional petrolífera, en África.

En ese continente fue donde le sorprendió la Segunda Guerra Mundial, en la que tomó parte. Se hizo piloto de aviación en la Royal Air Force; fue derribado en combate, y pasó seis meses hospitalizado. Después fue destinado a Londres, y en Washington empezó a escribir sus aventuras de guerra.

Su incursión en la literatura infantil estuvo motivada por los cuentos que narraba a sus cuatro hijos. En 1964 publica su primera obra, *Charlie y la fábrica de chocolate*. También escribió guiones para películas; concibió personajes famosos como los Gremlins, y algunas de sus obras han sido llevadas al cine.

Roald Dahl murió en Oxford a los 74 años de edad.

QUENTIN BLAKE

Nació en 1932 en la población inglesa de Sidcup. Comenzó a dibujar en sus años de escuela y cuando tan sólo contaba dieciséis, vio publicados sus primeros dibujos en la revista humorística *Punch*. Durante sus estudios de Letras en la Universidad de Cambridge continuó colaborando con diferentes publicaciones. En 1960 apareció su primer libro. Desde entonces no ha parado de ilustrar libros para niños y también para adultos, algunos de ellos escritos por él. Desde 1965 es profesor del «Royal College of Art» de Londres. Su dibujo es claramente identificable por su espontaneidad y aparente sencillez. Detrás de su estilo fluido, está el talento de un artista genial en el que se aúnan el humor, la ternura y buenas dosis de provocación y sátira. En España su trabajo ha alcanzado una extraordinaria difusión, principalmente sus ilustraciones de los libros de Roald Dahl, tal vez el escritor para niños y jóvenes más leído y celebrado por éstos en los últimos años. El propio Dahl opinaba de su amigo y colaborador «Para mí es el mejor ilustrador de libros para niños del mundo.»